

DOS MODELOS BÍBLICOS DE VOCACIÓN SACERDOTAL

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v63i220.77>

ALONSO MORATA MOYA

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia de la salvación Dios ha enviado personas para que hagan cercana su presencia entre los hombres. Podemos decir que ha querido que seamos sus manos, sus pies, su corazón: manos para bendecir y ayudar a levantarse a los caídos y traer a los alejados, pies para hacerse el encontradizo con aquellos que se sienten solos y abandonados y hacer un trecho del camino con ellos, corazón para mostrar la ternura del Padre.

Muchos textos de la Sagrada Escritura muestran esa presencia de un Dios con ternura indecible, al que comparan con la actitud de un padre que se esfuerza por educar bien a su hijo, del que conoce sus debilidades, físicas y espirituales, y quiere fortalecerlo para que pueda responder a los retos concretos que le vaya presentando la vida.

A este respecto, podemos recordar dos fragmentos del libro del Éxodo que explican la llamada a Moisés: «Mucho tiempo después murió el rey de Egipto. Los israelitas, esclavizados, gemían y clamaban, y sus gritos de socorro llegaron hasta Dios desde su esclavitud. Dios escuchó sus lamentos y recordó la promesa que había hecho a Abrahán, Isaac y Jacob (Ex 2, 23-25); y a continuación viene la llamada: «He visto claramente cómo os tratan los egipcios, y he determinado sacaros de la aflicción de Egipto, para llevaros...» (Ex 3, 17).

En Egipto, los israelitas experimentan la persecución, la esclavitud sin salida. Gimen ante el Señor y le elevan su plegaria. A renglón seguido, Yahvé llama a Moisés para que libere a su pueblo. Esta llamada es para que se ponga al frente del pueblo y lo saque de la postración en la que se encuentra. Dios tiene mucho cuidado en hacer consciente al llamado de cuál es su papel, su tarea, y el elegido sabe que sólo estando a la escucha de Dios puede llevarla a cabo.

Un simple repaso por las distintas llamadas que aparecen en la Sagrada Escritura nos permite ver detalles importantes que configuran la persona de aquel que es llamado por Dios para que lleve a cabo un encargo (misión) de su parte. Por no ser prolijo, limitémonos a la vocación de Samuel y la de Jeremías como significativas en el Antiguo Testamento.

1. LA LLAMADA DE SAMUEL POR DIOS

El relato de la vocación de Samuel es característico de una llamada dirigida por Dios a un hombre al que quiere encargar una misión. Aquí el alcance de la misión es limitado, ya que se trata solamente de anunciar al sacerdote Elí los castigos que van a golpear a su familia. Sin embargo, esta primera misión no es más que la primera etapa de una «acreditación» de Samuel como profeta ante «todo Israel». Por este motivo, el autor sagrado ha hecho un relato detallado de la vocación.

En el relato aparecen varios datos significativos. De entrada se aprecia el error, tres veces repetido, que comete Samuel en la identificación de aquel que le llama. Probablemente sea porque la «palabra del Señor era rara en aquellos días», mientras que Samuel estaba acostumbrado a que su maestro Elí le llamara para pedirle algún servicio.

En segundo lugar se constata que en la época en que se escribe el libro la visión debía ser «cosa frecuente», si bien se precisa que ese no era el caso en aquel momento. Por otra parte, no se trata aquí de una visión del Señor por Samuel, sino de una palabra que él recibe del Señor. Samuel no es un visionario, sino un confidente y un encargado de llevar a cabo una misión.

En tercer lugar conviene apuntar que la vocación de Samuel no es un acontecimiento puntual que se desarrollará en una noche. Todo lo contrario, el Señor irá dictando, a lo largo de muchos años, las «palabras» que debe transmitir al pueblo. Se podría decir que su vocación es destilada al hilo de los acontecimientos. Las misiones que Samuel recibe del Señor se insertan en la trama de la historia del pueblo.

¿Qué enseñanza permanente es preciso retener del relato bíblico de esta vocación? Resulta sorprendente que Samuel obedezca la llamada antes de identificar exactamente al que se la dirige. Se puede concluir que es precisamente este ponerse a sí mismo a disposición del que llama lo que le permite descubrir quién es quien le llama. El «Heme aquí» respondiendo a una llamada todavía no identificada es el grueso de una intimidad que irá profundizándose al ritmo de las llamadas que seguirán.

El primer «Heme aquí», en respuesta a la primera llamada que se escucha, lleva en sí un compromiso a responder con otros «Heme aquí» a otras llamadas que se le harán a continuación. Por ejemplo, Samuel manifiesta su desazón (1 Sm 8, 6) porque el pueblo le pide que le instituya un rey. El Señor le dice en un primer momento: «No es a ti a quien rechazan, sino a mí, no quieren que yo siga reinando sobre ellos». Y una vez que Samuel ha descubierto la estrecha unión que la exigencia del pueblo establece entre el Señor y él, obedecerá sin protestar a la orden por la que el Señor le manda: «Escucha la voz del pueblo en todo lo que ellos te piden» (1 Sm 8, 7).

Otra confidencia hecha por el Señor a su profeta. Antes de que Samuel se marche a Belén para ungir como rey al joven David, le anuncia a Saúl: «El Señor se ha buscado un hombre según su corazón y lo ha erigido jefe de su pueblo, porque tú no has cumplido lo que el Señor te había mandado (prescrito)» (1 Sm 13, 14). De todo esto se deduce claramente que el Señor y Samuel viven corazón con corazón, en plena sintonía. Y es precisamente a esto a lo que conduce la obediencia fiel a una vocación.

La calidad y la significación de la llamada siguen siendo igual en el Nuevo Testamento, con la peculiaridad de que es el mismo Jesús el que realiza las primeras llamadas y deja un esquema de la dinámica a seguir. Esto implica que cada momento de la historia se manifiesta con los rasgos que pueden hacer al candidato apto para desempeñar el encargo del Señor.

Alguien podrá razonar: «Pero Dios elige a quien quiere, y al encargarle la misión le dice: 'Yo estaré contigo', y ese *estaré* es precisamente lo que hace eficaz la tarea encomendada». Es verdad; de hecho, a lo largo de la historia de la salvación Dios escoge desde un proscrito (Moisés), pasando por un cultivador de higos (Amós), hasta un niño (Samuel) o un sacerdote (Jeremías), y entre los discípulos Jesús elegirá a aquellos que quiere y lo hará para que estén con Él y después para enviarlos a predicar.

2. LA VOCACIÓN DE JEREMÍAS

Pertenece Jeremías a la familia «de los sacerdotes residentes en Anatot». El año 586 a.C., cuando Jerusalén cae en manos de los babilonios y el reino de Judá desaparece definitivamente de la historia, Jeremías recibe la vocación profética. Con apenas 20 años tiene que profetizar contra la desviación de su pueblo, poniendo en peligro su vida.

En el momento de la llamada plantea sus objeciones: que si es un muchacho, que si no sé hablar. Pero Yahvé le responde: «No digas soy un muchacho, que donde yo te mande irás».

Al percatarse de los peligros que entraña la misión, el elegido descubre que se ha dejado seducir por Yahvé. Es muy probable que a estos años pertenezcan las «confesiones», en las que se explaya ante Dios con sinceridad e incluso con rebeldía. A pesar de todo, Jeremías continúa proclamando la Palabra del Señor, que le sigue llegando. Misterio de Jeremías y misterio de Dios.

–*Jeremías o la vocación en tiempos difíciles.* Tras la caída de Jerusalén y el destierro en Babilonia, el elegido se hace consciente de todos sus miedos, dudas y debilidades; al mismo tiempo, sin embargo, adquiere la firme confianza en que Dios puede sostener y dar sentido a una existencia como la suya, aparentemente marcada por la incomprensión y el fracaso.

Jeremías nos acerca, como ningún otro profeta, a la verdadera dimensión de la vocación profética, a sus abismos de soledad y abandono, a sus riesgos y desafíos, y a esa fidelidad última a una palabra encendida en sus entrañas que pugnará por salir. Venciendo todas las decepciones y resistencias.

–*Jeremías, un hombre de Dios y un hombre del pueblo.* Desde muy joven se descubre elegido por Dios: ya no se pertenece, su vida sólo tiene sentido desde Dios. El llamado ha sido «conocido por su nombre» y consagrado aun antes de nacer. La vocación es puro don de Dios, fruto únicamente del *querer de Dios*.

Jeremías está llamado a restaurar a Israel como pueblo y la presencia de Dios en medio de las naciones. Pero se siente «un hombre sin pueblo»; su misión consiste en anunciar que la alianza ha terminado, el pueblo elegido es ahora «un cinturón gastado que se tira» (13, 1-11). No puede ni llorar con su pueblo (16, 3-7), ni hacer fiesta con ellos (15, 18). Por voluntad de Dios.

Y el pueblo, por su parte, rechaza al profeta, no lo reconoce. Pero él vive los problemas de su pueblo y se compromete por él para que acoja el mensaje de Dios.

–*Jeremías, un hombre de fe.* Esta actitud ante Dios se va manifestando de diferentes maneras a lo largo de su vida. Así, en Jeremías se aprecia:

a) *La fe «receptiva» de la infancia.* Su característica principal es la sencillez, pues nace del abandono confiado en el que el niño es consciente de que todo se lo debe a Dios, de que está totalmente en sus manos. En Jeremías encontramos algunas expresiones propias de esta fe receptiva.

Para él, Dios es el que le ha dado todo lo que tiene: «Antes de formarte en el vientre te conocí... Irás adonde yo te envíe... yo estoy contigo» (Jr 1, 5-10). La llamada divina le precede. Desde su fe receptiva, Jeremías entiende su vocación como un don total, absoluto y pleno, cuyo comienzo y cuyo final están no en sus manos, sino en las de Dios.

Jeremías pasa de la pura receptividad a la experiencia de que eso no le garantiza que le vaya bien en el futuro, ni siquiera en la realización de su vocación. Más aún, tampoco le evitará ni los fracasos más amargos ni la experiencia del abandono. No es de extrañar, pues, que Jeremías adopte una actitud receptiva y que a la par maldiga el día en que nació (Jr 20, 14-18). Las pruebas purificadoras maduran la personalidad del profeta, y le dan una seguridad en la ayuda del Señor: «Él está conmigo como un héroe poderoso» (Jr 20, 21).

b) *La fe oblativa y adolescente*. Todo joven que viva su fe con un dinamismo plenamente cristiano se da cuenta muy pronto de que puede hacer algo por Dios... Como un adolescente, Jeremías empieza a darse cuenta de que si se sacrifica, si se comporta fielmente, podrá vivir una vida digna de un hombre; ahora bien, si se deja arrastrar por las pasiones, sean pequeñas o grandes, no podrá construir su propia vida.

Se insiste en la necesidad de una enérgica reforma de la conducta moral, pero bien entendida. Existe el peligro de construir una religión que se base en la observancia de las reglas y en el mérito que conlleva esa observancia... Jeremías critica con dureza el culto en el Templo por ser contrario a lo que Dios quiere (Jr 7, 21-23).

Aquí llega Jeremías al culmen de su vocación profética. Es el que debe ayudar al pueblo a pasar de una religiosidad de obras a una religiosidad de trato personal con Dios; de una religiosidad cultural a una religiosidad del corazón, que culmina y clarifica todas las experiencias religiosas anteriores en un encuentro personal con Yahvé. La misión de Jeremías es proclamar a Israel que no sobrevivirá por su justicia, sino por el amor misericordioso de Dios. «Con amor eterno te amo» (Jr 31, 3-6).

Amor había también en la experiencia infantil de Jeremías, pero todavía no había pasado por todas las pruebas de la vida que le hacen ver a uno que no puede salvarse por sí mismo. Este Jeremías parece más evangélico, porque igual que el evangelio, habla de una salvación que no se debe a los méritos ni a las capacidades humanas, sino al amor de Dios. Observar la ley es importante, mas únicamente cuando se reconoce el amor de Dios nace una nueva relación con Él, la nueva alianza (Jr 31, 33-34).

Jeremías llega al culmen de su vocación cuando logra que el pueblo pase de la experiencia de la observancia mecánica de la ley a la promesa de un nuevo encuentro, de una nueva relación personal con Dios, que otorga a cada uno ese indispensable corazón nuevo para observar la Ley y vivirla espontáneamente.

c) *La fe en la edad madura*. En la fe adulta, la presencia de Cristo no es simplemente un asunto de amistad personal, sino también una manifestación de su presencia en la comunidad, en la Iglesia. Tal es la experiencia final, definitiva, en la que se ensancha el corazón y en la que se percibe al Señor en todas y cada una de las vicisitudes de la Iglesia y de la historia de la humanidad.

Aquí situamos a Jeremías profeta de las naciones, que ve la salvación en un contexto comunitario. Dios interviene en todas las vicisitudes humanas, tanto personales como colectivas (Jr 30, 2-4), de modo que es posible descubrir la restauración de Israel como pueblo y la presencia constante del Señor en él.

En resumen, la experiencia de Jeremías es una trama inseparable de fe y vocación. Jeremías conoce a Dios a medida que descubre su misión. Y nos muestra claramente que las vicisitudes vocacionales de cada uno amplían los horizontes de la propia experiencia de fe. En el hombre fe y vocación van entrelazadas¹.

3. GLOSA DE LAS DOS LECTURAS

Tanto la elección de Jeremías como la de Samuel pueden tener una lectura que nos ayude, iluminando el mundo en el que vivimos. Como en aquellos tiempos, también hoy la Palabra de Dios parece rara y las respuestas son poco frecuentes.

Las dificultades que plantea Jeremías y el desconcierto de Samuel, que no reconoce la voz de Dios hasta que lo orienta Elí, no son nada en comparación con lo que, para no decir sí a la llamada, aduce el joven de hoy. Lo de menos es que se sienta o no maduro; lo fundamental es que no está de moda socialmente, además de tenerse la impresión de asistir a una época caracterizada por el olvido de Dios. Y sin embargo, a pesar de todo esto, Él sigue llamando y enviando a personas concretas como en tiempos de Jeremías y Samuel.

1. C. M. Martini, *La vocación en la Biblia*, Sígueme, Salamanca 1997.

La necesidad de creyentes que vivan su fe, que den testimonio, es perentoria para esta sociedad.

A este respecto el giro total del mundo pide una generación de ministros ordenados con unas cualidades apropiadas para hacer frente a los retos de esta sociedad, porque Dios quiere servirse de nosotros para la salvación y quiere que su Palabra sea pregonada con el lenguaje que pueda entender quien lo busca de todo corazón. Pero, sobre todo, que en su vida sean testigos de la verdad de su palabra por el temple, el manejo de sus sentimientos, la ecuanimidad y el sentido de Dios, y al mismo tiempo tengan conciencia de que su misión no está basada en los méritos personales, sino en el amor de Dios que les ha regalado ese don: saber ser para los demás y hacer presente el amor misericordioso entre los hermanos.

CONCLUSIÓN: LA NECESIDAD DE LA FORMACIÓN PERMANENTE

Al igual que Moisés, Samuel y Jeremías acogieron la elección y el envío de Dios a una misión concreta, el sacerdote está invitado a responder con fidelidad en su vida y en su ministerio a la llamada recibida.

Para ello, la Iglesia no deja de insistir a los sacerdotes en la necesidad de una formación continua e integral, cuyo referente es el grupo de los discípulos que Jesús eligió para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (Mc 3, 14). Es esta familiaridad cotidiana con el Maestro la que permite acceder a los secretos del Reino de Dios. Se trata, por tanto, de «permanecer» con Cristo para transformar la propia existencia y poder ser testigos creíbles de su amor en el mundo.

Según esta lógica de la formación permanente e integral, se proponen varios tipos de aprendizajes a los presbíteros. Destaquemos a continuación dos de ellos por considerarlos más necesarios en la actualidad.

En primer lugar, es imprescindible *educarse en la verdad del propio ser*, cuyo punto de partida es la aceptación de uno mismo y la asunción de la propia historia biográfica. Pero además es necesario entrenarse en el manejo de los propios sentimientos para mejorar la autoestima y hacer fructífera la misión. Hoy es importante aprender a tratar con delicadeza a todas las personas y establecer una correcta comunicación afectiva; es obligado usar de manera equilibrada la libertad y alcanzar un suficiente dominio de sí; es imprescindible no juzgarnos ni juzgar apresuradamente a los otros para ofrecer el Evangelio sin excluir a nadie.

En segundo lugar, urge *educarse en el aprendizaje de Cristo*, que únicamente es posible bajo la acción del Espíritu Santo. Para los creyentes,

el Espíritu se halla dentro del proceso gradual y de continua configuración con el Señor; no en vano, es el que configura el ser y el hacer del presbítero, al tiempo que se convierte en un reto permanente de crecimiento interior de la persona. Los sacerdotes son invitados a renovarse conservando vivo el espíritu del día de la ordenación, madurado y puesto en acto en cualquier edad a través de la misión evangelizadora.

Estos dos aprendizajes no eximen de tener en cuenta algunas cautelas que la última Ratio² ha propuesto a los sacerdotes para avanzar en el contexto social y eclesial de nuestros días:

1. La experiencia de la propia debilidad, que también puede convertirse en positiva porque puede «inducir al sacerdote a una mayor humildad y confianza en la acción misericordiosa del Señor».

2. El riesgo de sentirse funcionario de lo sagrado, siendo el mayor peligro considerarse un empleado de la comunidad que ha perdido su corazón de pastor.

3. El reto de la cultura contemporánea, con sus «diversas problemáticas que comportan y exigen apertura y actualización de parte de los sacerdotes y, sobre todo, un sólido anclaje de las cuatro dimensiones de la formación: humana, espiritual, intelectual y pastoral». A los hombres que viven en esta cultura y no a otros es a los que Dios ama. Poner esperanza y esperar en esta sociedad es obligado y parte de la misión.

4. La atracción del poder y de la riqueza. «La aspiración a hacer carrera, la aparición de un ansia de poder o de un deseo de riqueza, con la consecuente falta de disponibilidad a la voluntad de Dios, a las necesidades del pueblo y al mandato del obispo».

5. El desafío del celibato. «Vivir el celibato por el Reino, en medio de nuevos estímulos... [que] pueden provocar una regresión afectiva... que induce a buscar compensaciones, impidiendo el ejercicio de la paternidad sacerdotal y de la caridad pastoral». Pocos trabajos tan necesarios como educarse en la aceptación positiva de este *don* recibido «para edificación de la comunidad» y para mostrar señalmente «el espacio que todo hombre debe siempre reservar a Dios» (A. Cencini).

6. La entrega total al propio ministerio. «El cansancio, el natural decaimiento físico y la aparición de los primeros problemas de salud, los conflictos, las desilusiones respecto a las expectativas pastorales, el peso de la

² Congregación para el Clero, *El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, 2016.

rutina, la dificultad para cambiar y otros condicionamientos socioculturales podrían debilitar el celo apostólico y la generosidad en la entrega al ministerio pastoral». Cada día es nuevo para el ministerio, una oportunidad nueva de encuentro con el Señor y los hermanos.

Y tal vez la eucaristía cotidiana sea el mejor signo, en el espacio y el tiempo diario, que testimonia esta gracia de asimilarse al Buen Pastor, que es compasivo, misericordioso, lento a la ira y rico en piedad para con todos. Auténtica razón de ser del presbítero.